

CRISTOBAL TORAL, ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

Carter Ratcliff

La crítica del arte tiene sus rutinas, los pasos que siguen los críticos cuando van de mirar al hablar y el escribir. Aunque a menudo parecen seguir caminos tortuosos, esos pasos son trucos para ahorrar tiempo que suelen llevarnos con demasiada rapidez del desconcierto a las conclusiones razonables. Por ejemplo, cuando uno ve las manzanas que pintó el surrealista belga René Magritte produce, a gran velocidad, una explicación de las manzanas que flotan en ciertas pinturas de Cristóbal Toral.

Permítanme que recuerde, para mostrar lo que quiero decir, una pintura de Magritte llamada La Idea (1966). Aunque se trata de un retrato de tipo conocido, tiene algunas particularidades. No hay nada encima de la chaqueta, la corbata y la camisa: ni cuello, ni cabeza. En su lugar flota una gran manzana. La gran guerra (1964) es una imagen similar, con variaciones. Aquí Magritte incluye el cuello y la cabeza del sujeto, y ha proporcionado a este último un bombín. De nuevo vemos una manzana flotante, esta vez colocada para ocultar los rasgos de la cara, para hacerla anónima. Luego (no en el tiempo, sino en la lógica de la idea dominante de Magritte) surge Golconda (1953), que reproduce una triste fila de casas, presumiblemente belgas. En las ventanas todas las cortinas están cerradas. El aire azul parece absolutamente quieto, y por él caen (o ascienden) filas y filas de los hombres con bombín del artista en una distribución precisa, de espacios iguales. Ellos, no la manzana de Magritte, flotan ahora, y el crítico que se ocupa de Toral encuentra una oportunidad casi irresistible de hacer una ecuación sencilla: puesto que los hombres de Magritte equivalen a sus manzanas flotantes, las manzanas flotantes de Toral son equivalentes a los hombres de Magritte.

Para hacer esta ecuación hay que viajar de la Europa norteña de Magritte a la Europa sureña de Toral. Hay que cruzar de algún modo la frontera que separa el surrealismo belga, y su agobiante atmósfera de cálculo, del reino del realismo español, donde sentimientos sutiles dan densidad al aire y la luz. Es un itinerario entretenido, que, aunque no nos lleva a ningún sitio concreto, tiene la virtud de realizar la clase de conexiones que gustan a los críticos de arte. Por tanto es tranquilizador, tanto más cuanto nos mantiene sin riesgos dentro de los límites del siglo XX. En cierto sentido Toral es un artista plenamente contemporáneo: pero, aun así, en el momento en que se dice esto surge una dificultad.